

LA CONSTRUCCIÓN DE LA MEMORIA: MANUEL B. TRENS Y SUS HISTORIAS ESTATALES

José Ronzón León*

“La historia es la llave de oro que nos abre las puertas del pretérito y nos lo señala tal cual fue...”
(Trens, 1942, p. XV)

Esta es una de las frases que utiliza Manuel B. Trens en la introducción que hace a su libro *Historia de Veracruz* la cual pone de manifiesto parte de la idea que este historiador tenía en torno a su quehacer, al que entendía como la posibilidad de abrir puertas del pasado que construye la memoria colectiva.

Este artículo tiene por objetivo estudiar la idea del pasado que un historiador de las regiones mostraba al iniciar la década de los cuarenta del presente siglo. Cabe señalar que analizar la obra de un historiador a partir de sus miradas, discursos, enfoques y tradiciones resulta una tarea difícil pero a la vez enriquecedora, pues permite intentar dilucidar pensamientos, imaginarios y representaciones de un tiempo y un espacio en tanto que es reflexionar desde una perspectiva histórica sobre las producciones

discursivas en relación con las prácticas sociales.¹ Penetrar en el mundo de la escritura de la historia es adoptar, ciertamente, una actitud crítica, pero a la vez comprometida con el rigor teórico-metodológico que implica la historiografía. De allí, que no se trata de llevar a un historiador al banquillo de los acusados y enjuiciarlo, sino de intentar comprender su producción discursiva a partir de sus prácticas sociales y reflexionar sobre las implicaciones que su obra produjo.

* * *

Manuel Bartolomé Trens Lanza fue un historiador de los estados o entidades, origen de lo que en México más tarde derivaría en la historia regional. Producto de sus preocupaciones fueron dos obras

* UAM-A, Departamento de Humanidades.

¹ Chartier, Roger, *Escribir las prácticas. Foucault, de Certeau, Marin*, Manantial, Argentina, 1996, pp. 7 y 8.

fundamentales en la historiografía contemporánea *La historia de Chiapas desde los tiempos precortesianos hasta la caída del Imperio de Maximiliano* (1942) e *Historia de Veracruz* (1947) además de obras sueltas y de actividades relacionadas con el rescate documental que produjo como director del Archivo General de la Nación durante los años de 1953 a 1959.

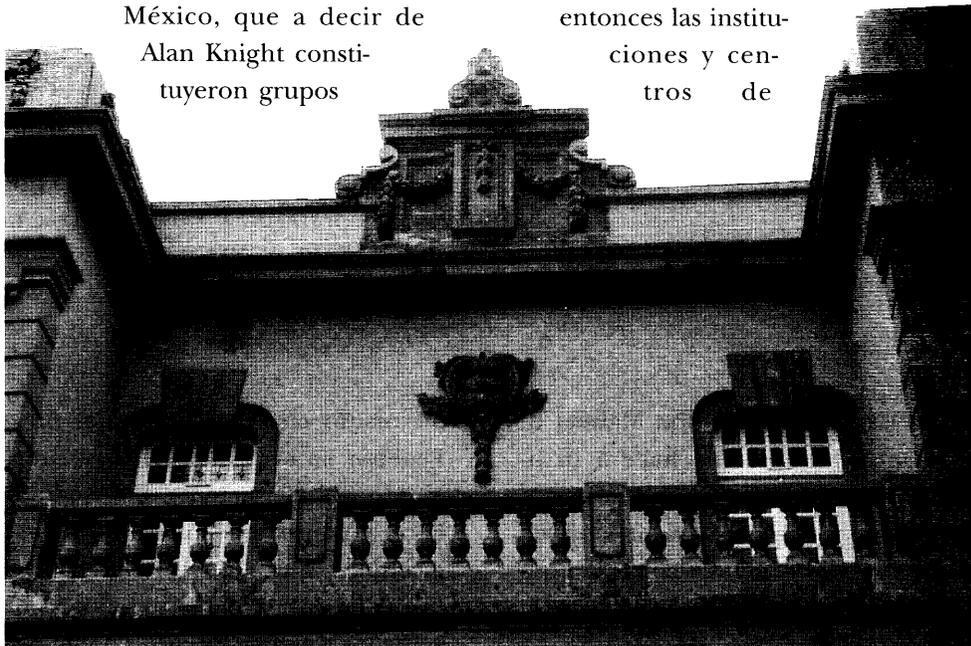
La mayor parte de la obra de Trens se enmarca en la década de los años cuarenta y cincuenta, época en la que surgió una necesidad por re-

construir la historia de México, que a decir de

Alan Knight constituyeron grupos

vierte Enrique Florescano está en: “El parteaguas que a partir de 1940 separa radicalmente al historiador contemporáneo de sus predecesores”, el mismo historiador consigna que “es la institucionalización de las tareas históricas y la correlativa profesionalización del historiador...” lo que los hace diferentes de las generaciones anteriores y asegura que “Estos resultados implicaron una nueva relación del historiador con la sociedad”.³ El estudio y enseñanza de la historia obtuvo un sentido profesional. A partir de

entonces las instituciones y centros de



Casa de Francia en la calle Havre, colonia Juárez.

académicos que “(...) concentrándose normalmente en élites nacionales prefiriendo un enfoque narrativo y remplazando el partidismo abierto por la objetividad académica”.²

Trens forma parte de una generación de historiadores que buscaron reinterpretar el pasado en pos de construir una nueva versión de la memoria histórica mexicana. De una generación que como ad-

investigación fueron los encargados de albergar a historiadores y estudiosos del pasado, formar y definir líneas de investigación y de enseñanza.

A la par de la creación de estas instituciones, se inició el rescate y preservación de fuentes documen-

² Knight, Alan, “Interpretaciones recientes de la Revolución Mexicana” en *Secuencia*, núm 13, enero-abril de 1959, p. 23.

³ Florescano, Enrique, “Los historiadores, las instituciones y la sociedad en el México contemporáneo” en *Los Intelectuales y el poder en México*, El Colegio de México, UCLA Latin American Center Publications, University of California, Los Angeles, 1991. (Josefina Vázquez, et. al. Coordinadores), pp. 625 y 626.

tales (archivos, bibliotecas y hemerotecas) que permitieran a estos estudiosos contar con vetas de estudio. Por ejemplo, el Archivo General de la Nación comenzó sus tareas de organización de sus fondos documentales y a crear guías que posibilitaran el acceso a sus acervos.

La generación de los cuarenta creía que iniciaba una actividad que tenía como objetivo rescatar, pero sobretodo, interpretar el pasado, con la intención de proporcionar una explicación de su presente, con altos tintes de nacionalismo y en algunos casos –como demuestra Knight– xenofóbicos.⁴

Manuel B. Trens fue uno de los historiadores más destacados de esa generación, no tanto por su participación institucional, sino por explotar líneas que hasta esos momentos habían merecido poca atención como era la historia de los estados. Para Trens escribir la historia de México era escribir la historia de sus entidades; hacer historia de los estados era revisar el origen de los valores morales, políticos y sociales que habían definido la identificación con la nación desde sus regiones.

Para el autor la historia que se escribió hasta esos momentos se había albergado en una “torre de marfil” que creaba versiones generales del proceso por el cual el país había transitado. De allí la necesidad de derrumbar esa torre desde la historia de los estados.

Cabe mencionar que Trens encontró el campo adecuado en las líneas políticas impulsada por Manuel Ávila Camacho (1940-1946), quien aseguraba que había llegado el momento para que México entrara en líneas de educación que fomentaran el conocimiento histórico.⁵ A partir de este momento se inicia la profesionalización de los historiadores.⁶

Es bajo estas políticas educativas que se traducían en prácticas histórico-sociales que Trens inicia su quehacer histórico, la creación de una determinada práctica discursiva que obviamente respondía a dichas prácticas político-sociales. Evidentemente los discursos históricos ponían de manifiesto las representaciones que del pasado hacían los historiadores. Es decir, la práctica de la historia mostraba la concepción del pasado que esta generación intentó transmitir.

* * *

Trens –como algunos de sus contemporáneos– no negaba los esfuerzos realizados por construir la historia nacional, pero criticaba el haberlo hecho como una historia oficial que buscaba justificar a los diversos regímenes. De esta manera, enumeraba una serie de obras que a su juicio únicamente contribuían al conocimiento parcial de los diversos procesos históricos de México, y citaba como ejemplo a los historiadores del siglo XIX como Lucas Alamán, Justo Sierra y Vicente Riva Palacio.

Desde la perspectiva de Trens, el mayor error había sido construir una visión en la que se había ocultado los hechos, lo cual conducía a dar a conocer acontecimientos que favorecían a ciertos intereses personales o de clase social. Así, afirmaba “el convencionalismo de no pocos “historiadores” y el servilismo [...] enervante de otros [...]le[s] [hace] decir lo que no es cierto, lo convencional, pero no verdadero [...] lo cual ha servicio de padre putativo [de la llamada] “verdad oficial”. Ciertamente, para los

4 Knight, *Op. Cit.*, p. 24.

5 Torres Septien, Valentina, “En busca de la modernidad” en *Historia de la Alfabetización y de la Educación Pública*, Instituto Nacional de Educación para los Adultos y Seminario de Historia de la Educación de El Colegio de México, México, 1994.

6 Enrique Florescano y Ricardo Pérez Montfort apuntan que “Desde la fundación de escuelas e instituciones universitarias

en las primeras décadas, la disciplina histórica se convierte en un saber especializado, regido por las reglas de la vida académica.” Florescano, Enrique y Ricardo Flores Montfort, *Historiadores de México en el siglo XX*, Fondo de Cultura Económica y Consejo Nacional para la Cultura y las Artes, México, 1995, p. 8.

7 Trens, Manuel B., *Historia de Veracruz*, Gobierno del Estado, Xalapa, Veracruz, 1947, t. II, p. 9.

historiadores de los cuarenta los estudios históricos anteriores carecían de la “verdad histórica” por no fundamentarse en las evidencias documentales; de allí que para ellos el valor de sus obras radicaba en la utilización de dichos documentos.⁸

Lo anterior conducía a Trens a asegurar que la historia se había deslizado por caminos oficialistas olvidando el sentido de la misma, pues la historia era una de las ciencias morales que le correspondía juzgar los actos. Sin duda, esto expresa el sentido que su generación quiso dar a la historia como juez de trayectoria social. Trens reconocía que la historia entendida esta como discurso que emergía de los documentos aportaba pruebas irrefutables. Para él —como para otros— hacer historia era ir a las fuentes documentales y partir de ello reconstruir los acontecimientos. Así, el documento constituía la materia prima por excelencia por la cual la historia existía.

La reconstrucción de hechos debía dar lugar a la formulación de leyes abstractas referente a la fuerza de los hechos que construyen la trama que narra y analiza. De esta manera, aseguraban que aun cuando las leyes de las ciencias sociales se encuentran muy alejadas de las que rigen las naturales, si permiten prever el futuro, no de una manera cíclica, pero si cuando el conjunto de las circunstancias que lo determinan son semejantes. Así, también, manifestaban afirmaciones tales como que a través de la historia el hombre, además de obtener el conocimiento, adquiriría un manejo certero de su realidad. Este tipo de propuesta realmente tenía presencia en los ámbitos académicos del momento. Muchos de los trabajos de sus contemporáneos mantuvieron el mismo orden de ideas. De allí que en diversos centros

académicos se exigiera la objetividad y el conocimiento profundo de la historia, entendido éste como la erudición.⁹

De igual manera, los historiadores de esta generación intentaron avanzar en una nueva concepción de la historia, que desde su perspectiva rompía con los viejos esquemas narrativos de lo que se podía decir y la censura o autocensura que la mayoría tenían. La idea de estos nuevos historiadores era acabar con los viejos esquemas rígidos y determinados por el interés de crear héroes o figuras satánicas. Para ellos, la historia debía ser una narrativa que guiase al lector por las sendas del pasado de manera placentera para que se interesara cada vez más en conocerlo. La generación de Trens buscaba la construcción discursiva del mundo político-social que los rodeaba.¹⁰

De acuerdo con sus planteamientos de conocimiento totalizador y heurístico, las bases de la historia debían empezar con un conocimiento claro de los modelos propuestos por los historiadores clásicos; así como, “los vuelos sorprendentes de Monstesquieu y Maquiavelo”, hasta cristalizar en los conceptos científicos propios del conocimiento histórico. Sólo así el historiador podría transmitir su noción del pasado. Esto se lograría a través de la profesionalización del oficio del historiador.¹¹ Cabe recordar que entre las prácticas académicas del momento estuvo el favorecer climas e incentivos académicos como fue las sociedades académicas en donde se iniciaron las discusiones de problemas tanto teóricos como prácticos del quehacer histórico, el ejemplo más claro de ello fue la Sociedad Mexicana de Antropología.¹²

Trens trató de hacer una historia totalizadora que fuera más allá de la historia política. Pretendió lle-

8 Pérez Montfort señala que “(...) si revisamos con cierto detenimiento el trabajo historiográfico de los años cuarenta, poco a poco se nos va apareciendo con mayor claridad esta necesidad de “reformar el pasado” con el afán de darle un sentido un tanto menos pragmático y un mucho más filosófico”. Pérez Montfort, *Op. Cit.* p. 282.

9 Quizá, Luis Chávez Orozco sea quien mejor ejemplifique algunas de las posturas de esta generación. Ver *Ibid.*, p. 282.

10 Chartier, *op. cit.*, p. 8.

11 Forescano, Enrique, *El nuevo pasado mexicano*, Editorial Cal y Arena, México, 1991, p. 11.

12 *Ibid.*, p. 16.

gar hasta la organización de las ciudades, su economía, su desarrollo intelectual y moral, y a sus usos y costumbres en general. Así, concebía a la historia como algo extraordinariamente complejo que exigía para su elaboración una vasta cultura. Esto lo llevó a plantear un nuevo modelo de historia surgida desde las entidades o regiones.¹³

Muchos de los postulados de la generación de historiadores de esta década fueron planteados en foros académicos. Allí las intervenciones giraban en torno a la necesidad de reconstruir la memoria nacional. Por ejemplo, Jaime Torres Bodet señalaba que los historiadores eran la conciencia de la sociedad y para ejercer su función, tenían la obligación de reunir tres cualidades: universalidad en sus planteamientos de problemas, el fervor en el patriotismo y la rectitud en el uso de la verdad.

Ricardo Pérez Montfort advierte que:

En este traslape de los años cuarenta, una inquietud por la originalidad de lo "mexicano", que permeó prácticamente todos los ambientes culturales logró inmiscuirse en la gran mayoría de las preocupaciones históricas del momento, dejando una huella muy marcada en la correspondiente generación de historiadores activos. Los intentos por descubrir lo específico de "lo mexicano" ya se percibía desde por lo menos principios de los años veinte, sin embargo, fue durante los años treinta, cuarenta y cincuenta cuando fue adquiriendo mayor relevancia en el ambiente intelectual nacional.¹⁴

De alguna manera, la exaltación del nacionalismo y "lo mexicano" se había convertido en el ABC de la retórica de Trens, quien propuso construir la memoria nacional a partir de las entidades. Por otra parte, también siguió las obligaciones señaladas por Torres Bodet, pues si de algo se preció, fue de la uni-



Casa de Francia.

13 Es pertinente recordar a Luis González cuando señala que "Sin temor a errar se puede decir que los historiadores matrisos siempre han sido más numerosos que los monumentales y los críticos. Son más en la vida que no en la literatura. Son más aunque pesen menos. Dispersos en miles y miles de comunas ni se les nota, ni se les cuenta." González y González, Luis, *Todo es historia*, Editorial Cal y Arena, México. 1989, p. 228.

14 Pérez Montfort, Ricardo, "Entre la historia patria y la búsqueda histórica de 'lo mexicano' Historiografía mexicana

1938-1952" en Gisela von Wobeser (coordinadora). *Cincuenta años de investigación histórica en México*, UNAM/ Universidad de Guanajuato, México, 1998. p. 280.

versalidad de su obra. A decir de Trens esto se debía al fervor patriótico que despertaba leerla, pues cuando sus lectores conocieran la historia de su estado sentirían sus raíces y su identidad en los símbolos históricos más importantes.

* * *

Para Trens la historia que se realizó hasta esos momentos había incurrido en generalizaciones extraordinarias que ocultaban los procesos locales bajo un antifaz. Por ello la gente común cada vez se alejaba más del conocimiento histórico, porque les resultaba completamente ajeno.

Por ello era necesario cuestionar el discurso histórico desde el análisis de una perspectiva estatal, pues es allí donde el historiador podía encontrar los eventos en su sentido más puro e invitar al lector a aproximarse a un pasado cercano donde se identificara a sí mismo como protagonista.

Trens apoyaba su crítica en obras como las de Lucas Alamán o Vicente Riva Palacio, a quienes no demeritaba, pero sí señalaba que no resistían una confrontación con la historia estatal, pues en su afán por explicar la historia de México de manera general, habían incurrido en globalizaciones que ocultaban los procesos “reales”. Así, desde su perspectiva, las historias estatales se presentaban al historiador como una alternativa efectiva para aproximarse de manera más cierta a los diversos procesos históricos.

Para Trens, México era un pueblo heterogéneo profundamente dividido en clases y castas, con una tradición histórica basada en las desigualdades políticas, culturales, religiosas, psíquicas, económicas y sociales. Lo cual implicaba que para realizar un análisis serio y profundo era necesario penetrar a sus regiones.¹⁵

Ahora bien, la nueva historia hecha desde y para los estados, debía reflexionarse desde una postura analítica y propositiva, es decir, el objetivo era construir y no destruir por destruir. La narración de la historia debía ser amena, pero sobre todo, una guía segura de instrucción y enseñanza, lo cual estaba acorde con el proyecto nacional, expuesto por Torres Bodet.

Trens señalaba que la historia “... con el impulso de la costumbre, ha de tender a alcanzar el perfeccionamiento moral, el desarrollo de nuestra inteligencia y el levantar nuestro espíritu por las excelsitudes de la verdad y del bien, finalidades éticas encargadas de nutrir el entendimiento y tonificar la voluntad, dos de las más augustas potencias del alma”.¹⁶ Así, concedía a la historia la capacidad de perfeccionamiento no sólo material sino espiritual.

Trens consideraba que la historia debía apegarse a “la realidad” y así decía que “(...) la historia no es leyenda ni es novela, en las que se inventa lo que no se sabe. Yo soy admirador de la fecunda imaginación de [Charles Etienne] Brassier de Bourbourg [*Viaje al Istmo de Tehuantepec*]; pero me cuida mucho de imitar sus brillantes fantasías”.¹⁷ Si bien la historia tendría que ser escrita con imaginación, ésta no debía convertirse en fantasía.

Para Trens el historiador debía comprometerse con su oficio, pues la labor de investigación era un trabajo agobiante. No sólo en la búsqueda de información, sino al examinarla, criticarla de acuerdo con la metodología adoptada, e interpretar las huellas directas de los sucesos que se estudien. Es decir, el autor consideraba que el historiador tendría que apasionarse con su trabajo hasta tocar fondo en aras de la heurística. Únicamente que para llegar realmente a apasionarse, era necesario identificarse con el objeto de estudio, por ello entre más cercano estuviera sería mejor. De allí que un historiador de los

15 Trens, Manuel B., *La historia de Chiapas desde los tiempos precortesianos hasta la caída del Imperio de Maximiliano*, “La impresora” Gobierno del Estado, Chiapas, 1942, p. XXI.

16 Trens, Manuel B., *op.cit.*, t. II, pp. 10 y 11.

17 Trens, *La historia de Chiapas...*, *op. cit.*, p. XVI.



Casa de Francia.

estados podía apasionarse tanto al estudiar algo que lo hacia suyo.

Además, el historiador podía encontrar sus propios sentimientos al hacer la historia de su terruño. Así, afirmaba “Un historiador puede y debe tener pasión para juzgar a los personajes y a los acaecidos del pasado.” Esa pasión de personajes, el propio Trens la reflejó en su obra. Por ejemplo, al referirse a Santa Anna señalaba que mucho se había escrito sobre la turbulenta personalidad de él. La figura de Santa Anna había dado para las más diversas historias, la mayoría impregnadas de sentimientos virulentos u otras demasiado melosas. Ciertamente, el país había vivido una etapa difícil durante la administración de este personaje. Sin embargo, había que preguntarse cuál fue el contexto de los acontecimientos, quiénes sus interlocutores y cuáles las condiciones. La personalidad de Santa Anna tenía tantas facetas, que

es tan poliforma y tan disímbola, sus antítesis son tan notables que no han faltado escritores que lo consideren como un anormal, como un ser absorbido por las marañas implacables de una psicopatía incurable, cuya variada semiología brotaba en los documentos que este singular personaje dejó escritos.¹⁸ Sin embargo se habían olvidado del estudio de las causas de índole histórico-sociales, en donde se podía buscar los orígenes y la explicación a su actuación.

Así, Trens afirmaba que los juicios hechos sin pasión resultaban lánguidos y tristes, morían demasiado pronto y no lograban transmitir la memoria hacia los lectores demandantes de conocer su pasado. Además señalaba “Es indispensable el calor de la

18 *Ibid.*, p. XXXIX.

pasión para condenar los actos malos y ensalzar las acciones”.¹⁹

Sin embargo, advertía que esa pasión debía ser sincera, de buena fe, y sin que menoscabe su rectitud en el uso de la verdad. Así, el historiador no debía tener temor abrirse a su pasado con virilidad. Para perder el temor es necesario tener pasión para poder abrir y cauterizar “las llagas hediondas y purulentas de nuestra historia”. Trens señalaba que había que exhibirlas para huir de ellas en bien de nuestro renacimiento política y social y acotaba que sólo las conciencias “timoratas” tiemblan ante los avances de la verdad: sólo los linfáticos del alma temen al choque del conocimiento de la verdad, y creen, que la grandeza de los pueblos radica en los oropeles falsos al servicio de los mendicantes de glorias de arrabal. Trens creía que los claros acontecimientos de la historia de México, por sí solos colocaban los hechos en su lugar.

Así, la historia debía encargarse de poner en su lugar a los personajes y protagonistas y no era necesario crear fábulas, ni anhelar un pasado innecesario que hiciera brillar algo que no mantenía las cualidades para brillar. El historiador debía pensar en el hecho concreto y olvidarse de matices que llenaran de gloria a quien no lo necesitaba o a quien no la tenía. De esta manera asegura:

Comprendo que lo iconólatras apegados al bombo de un heroísmo de oropel; los administradores enfermizos de fábulas, leyendas y mohosas tradiciones de falsificados esplendores: los que guiados por un criterio de libélula, atisban en las depuraciones históricas una labor antipatriótica, como si para ser patriota se necesitara de la bochornosa amalgama con la mentira, no pueden, no es posible que puedan entender, dada su pobreza espiritual, la esforzada tarea de los investigadores históricos apegados a la verdad.²⁰

Trens aseguraba que ya era tiempo que las nuevas

generaciones de historiadores se encaminaran por nuevos derroteros, retomando el carácter científico de la ciencia histórica. Desde su perspectiva no era posible mantenerse en el camino de la exaltación heroica. La historia estaba hecha por seres humanos con virtudes y defectos, y como tal debía ser vista por el historiador. El papel del historiador tendría que fincarse en presentar los hechos para que su lector sacara sus conclusiones.

Para conseguir tales objetivos el historiador podía ser guiado por una conciencia recta, aun cuando en su paso destruyera pedestales y derribara ídolos, para colocar a cada personaje en el justo sitio que le corresponde. Sólo así se contaría con una historia “luminosa de enseñanza”.

El historiador debía ejercer una actitud depuradora, es decir, tener el suficiente criterio para poder seleccionar el acontecimiento digno de ser mencionado y desechar los innecesarios. Así, su labor servía para realizar una revisión de sus personajes y acontecimientos. Esa “es la única forma de levantar sobre los escombros de muchas ilusiones muertas, el porvenir de una Patria fuerte”.²¹

Trens advertía que la tarea era difícil de realizar por toda la tradición del quehacer histórico que se había acumulado. De alguna manera se habían creado muchas figuras intocables que no permitían comprender los procesos históricos en su forma justa. Ahora bien, el derrumbe de éstas no podían realizarse de manera inmediata. La tarea requería de una estrategia bien planteada y debidamente normada. Así, la historia se presentaba como la opción más viable, pues a través de ésta se podría acceder a la historia próxima de los individuos, el contexto se presentaba como la mejor forma de conocer a los personajes en condiciones reales y no imaginadas.

Aunque ya se habían realizado varios intentos para aproximarse a las regiones, muchos de éstos sólo se habían conformado con hacer meras recopilaciones

19 Trens, *Historia de Veracruz*, *op. cit.*, p. 11.

20 *Ibid.*, tomo III, p. 12.

21 *Ibid.*

de datos sin un sentido. Para Trens la historia no significaba compilar y publicar datos escuetos que atestiguaran hechos sucedidos en un pasado más o menos remoto “porque tal hiciera no sería más que un simple compilador; sino presentar al lector los hechos tales cuales fueron, determinar sus causas, señalar sus efectos y prever consecuencias, todo lo cual deberá ser expuesto con un juicio claro y apropiado que explique y dilucide la razón o motivo de los acontecimientos”.²²

Por otra parte, el historiador no sólo debía de acercarse a la historia por curiosidad sino con el afán de estudiar, de aplicar un método apropiado para obtener la debida interpretación de los hechos, con la intención de poder dilucidar el proceso evolutivo de las colectividades sociales “y los diversos factores que han intervenido para impulsarlo y darle vida”.²³

Para el autor la historia debía auxiliarse de las otras ciencias sociales, pues la reconstrucción histórica requería de sustentarse en un bagaje cultural amplio para poder valorizar debidamente las fuentes que sean objeto de estudio. Esto exigía al historiador adoptar un criterio histórico bien cultivado, por medio del cual juzgara las causas determinantes de los hechos, los orígenes de éstas, la época de lo acaecido y el lugar o ambiente donde se haya desarrollado.²⁴

Por otra parte, Trens aseguraba que el historiador al contar con un material suficiente, tenía que exponerlo en forma definitiva y con el estilo literario propio, sin que por la forma literaria y el uso de los tropos y demás figuras de dicción sufriera en lo más mínimo la verdad, pues “hay que decir lo que se quiere, y como se quiere y se debe”.²⁵ Ciertamente Trens procuraba la libertad del historiador como investigador social y libre pensador, pero siempre

dentro de ciertos lineamientos básicos, basta tan solo ver la estructura de sus obras para observar la rigidez de su análisis en torno a un sistema cronológico. Para él la historia tenía un único camino, que se explicaba sólo a través de los períodos históricos fijados, todo debía de encajar en ellos para no romper con el discurso.

* * *

Las décadas de los años treinta y cuarenta fueron el escenario de una reforma historiográfica y la concepción del pasado. La generación de historiadores que desarrollaron su trabajo en este período intentaron crear un nacionalismo que emergiera de la reconstrucción del pasado a partir de la utilización de fuentes documentales.

La concepción de historia estuvo vinculada a sus actividades como académicos, la cual debía responder a cánones de la disciplina histórica, que a decir de algunos historiadores de la época había entrado a una fase en donde lo que se dijera tendría que estar fundamentado con documentos, toda vez que contribuyera a la construcción de la memoria nacional, es decir de “lo mexicano”.

Esta nueva forma de ejercer el oficio del historiador se vio favorecida por las políticas educativas, por las que cruzaba el país que intentaba la construcción de la memoria y búsqueda del pasado. De allí que sea posible hablar de que la práctica discursiva que emergió correspondiera a prácticas político-sociales. De igual manera, el discurso de esta generación y en particular de Trens, estuvo en estrecha relación a las prácticas sociales que surgían de la recién creada academia de historiadores en México.

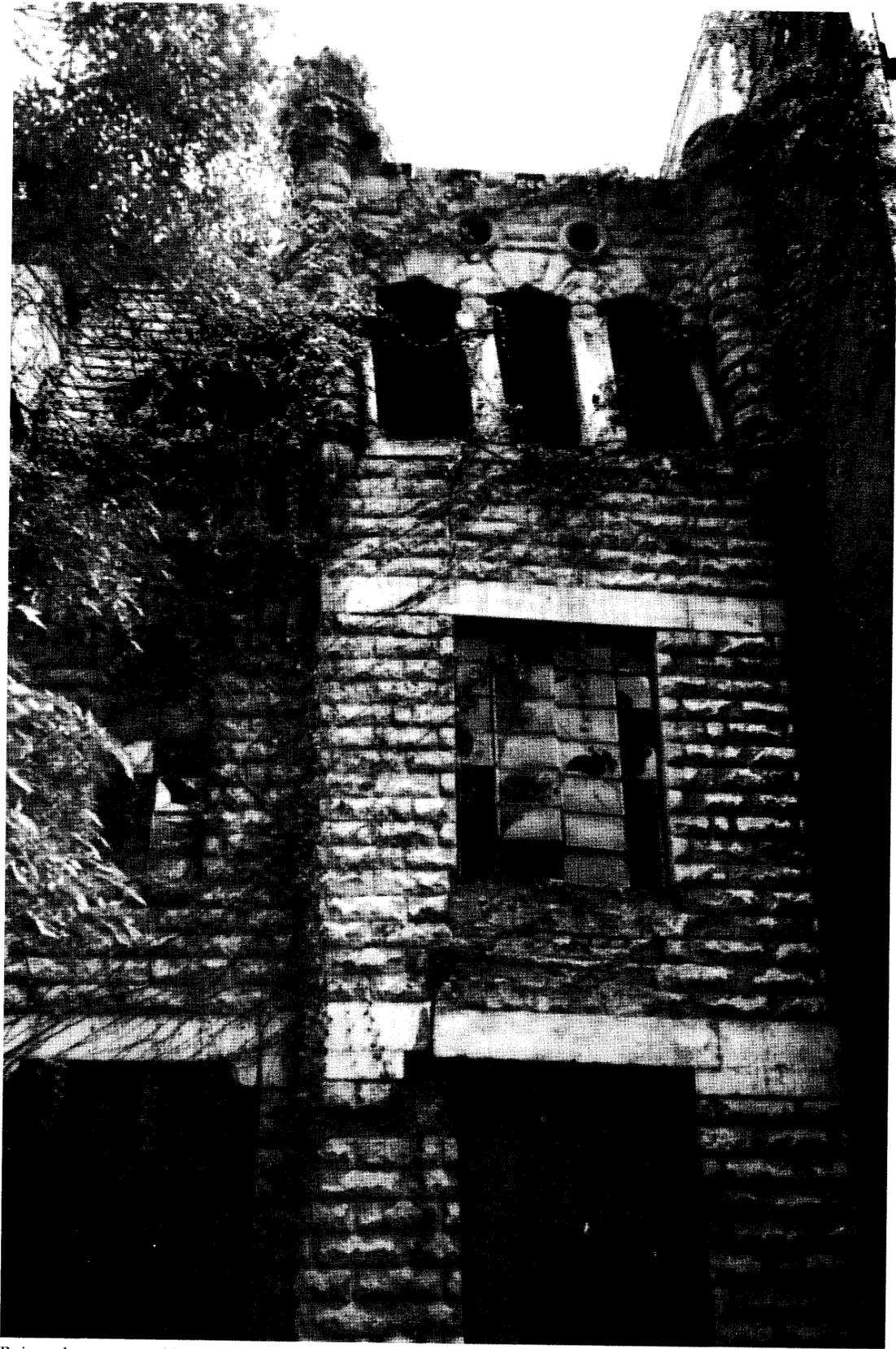
Es de esta manera como Trens escribió la historia de dos estados más importantes de la República Mexicana: Chiapas y Veracruz. En ambos trabajos trató de manifestar su discurso histórico e intentó dar a ambas entidades la posibilidad de acercarse a su historia y a su identidad. En él es posible entender los inicios de la reflexión sobre a la historia regional como posibilidad de análisis, que años más tarde Luis González y González desarrollaría como la historia de la “patria chica”.

22 Trens, *La historia de Chiapas...*, p. XVIII.

23 *Ibid.*

24 Trens, *Historia de Veracruz*, tomo II, p. 11.

25 *Ibid.*



Ruinas de una mansión neo-medieval en la calle de Havre, núm. 72.